



# Flavios y Antoninos. Las provincias

Después del suicidio de Nerón, el estado romano quedó un año entero sin príncipe emperador. No había ningún descendiente de la familia de Augusto que pudiera invocar sus derechos. Sin embargo, hasta tres candidatos llegaron, aunque por breve tiempo, a llamarse "príncipes" y gobernar con posibilidades de imponerse e iniciar una nueva dinastía. Uno de ellos, Galba, se calificaba de *legatus senatus populi que Romani*, esto es, un agente del Senado y el pueblo, pero murió el mismo año. Los otros, Vitelio y Otón, se enzarzaron en un combate en la Galia, junto a Bedriac. Otón, vencido, se suicidó, y Vitelio consiguió llegar a Roma.

Por fortuna, el prefecto de Egipto escogió al jefe del ejército de Judea, Flavio Vespasiano, que fue reconocido por las legiones de España, Italia y Bretaña. Vespasiano tuvo que tomar por asalto Roma, que estaba por Vitelio... Todo esto en un año, el 69. Vespasiano era de antigua estirpe latina; su abuelo había sido centurión y él mismo militar desde muy joven. Había ido de legionario a la conquista de Bretaña, como comandante de la legión de Estrasburgo. Tenía veleidades artísticas y literarias. Su reinado, que duró diez años, del 69 al 79, fue pródigo en obras públicas. Quería asegurar su popularidad con construcciones magníficas. Se

*Estado actual del anfiteatro de los Flavios en Roma, llamado Coliseo, construido por Vespasiano para ofrecer en él las luchas de gladiadores y demás espectáculos públicos. Sus graderíos tenían cabida para cincuenta mil espectadores y en su construcción se empleó gran cantidad de materiales. En tiempos posteriores, de escasa sensibilidad clásica, sus paredes sirvieron de cantera para construcciones privadas. El muro sobre las tres hileras de arcos fue mandado construir por Tito.*



*Busto de T. Flavio Vespasiano (Museo Nacional, Roma). Conquistó Galilea en poco tiempo y en vísperas de sitiar la ciudad de Jerusalén le llegó la noticia del fallecimiento de Nerón. Sus generales le animaron a proclamarse emperador y su entrada en Roma, con la aureola de la campaña judía, puso fin al desorden producido por los breves reinados del año 69.*

*Detalle del arco de Tito que representa la entrada triunfal en Roma de los soldados romanos llevando a hombros el principal trofeo de su campaña en Palestina: el candelabro de siete brazos.*



conserva todavía su anfiteatro Flavio, que podía reunir de cuarenta mil a cincuenta mil espectadores.

Vespasiano proclamó sucesores a sus dos hijos, Tito y Domiciano. Tito sobrevivió a su padre sólo dos años, pero antes había acabado la conquista de Judea e inmortalizó esta gran hazaña con un arco triunfal a la entrada del foro romano, que todavía se conserva, edificó un templo a Vespasiano y un foro actualmente atribuido a Nerva. Y, por último, hizo construir en Roma un templo a la Paz (*immensa Romanae Pacis Majestas*). Los Flavios eran conscientes de la grandeza imperial.

El segundo hijo de Vespasiano, Domiciano, tuvo un largo reinado, del 81 al 96.







En su tiempo le fue anunciada la llegada de una embajada china, que no pasó del Aral, pues su jefe, llamado Pantchao, creyó poder encontrar al emperador romano en Antioquía y, al no hallarle allí, regresó sin consecuencias.

La dinastía acabó con los escándalos del tercero y último de los Flavios, que fue asesinado por sus immoralidades y desórdenes. Para sustituirlo, el Senado nombró a uno de los suyos, Nerva, hombre adornado de grandes virtudes. Dos años después de

*El arco triunfal de Tito que el Senado erigió en memoria del sitiador de Jerusalén. El sitio que Tito puso a la ciudad santa el año 70 duró cinco meses y, a su término, los ejércitos romanos destruyeron la ciudad y el templo de Salomón.*





Anverso y reverso de una moneda de Vespasiano que conmemora sus campañas contra los judíos (Museo Numismático, Tel Aviv).

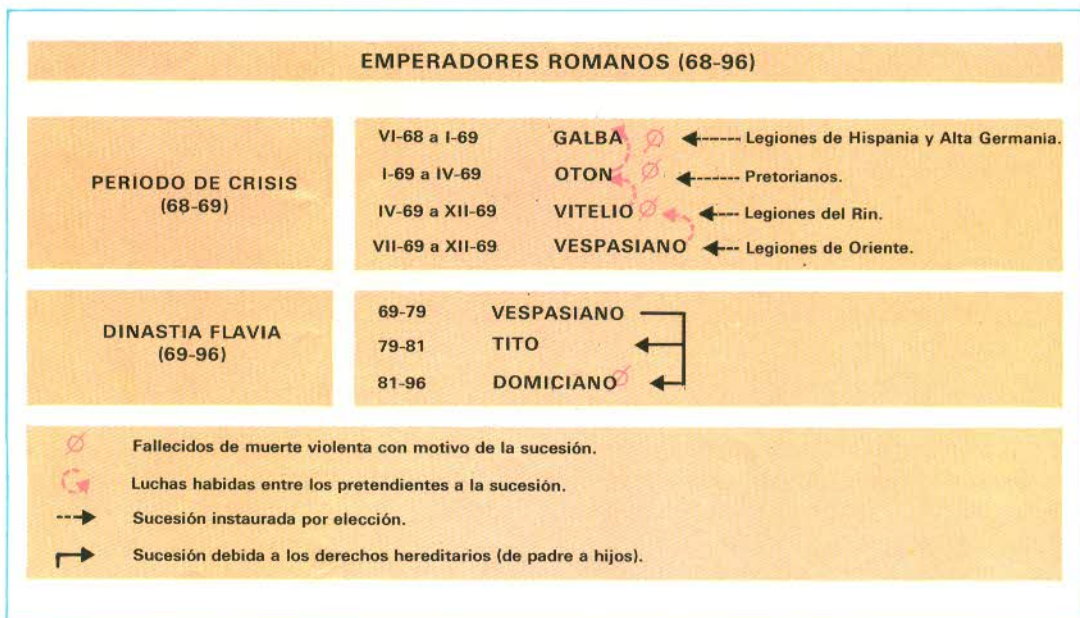
haber sido elegido Príncipe y Augusto, Nerva adoptaba a Trajano.

Tres meses después moría el noble viejo, y el Senado no podía hacer más que aceptar como Príncipe y Augusto a Trajano, “hijo del divino Nerva”. Trajano estaba en Germania cuando fue adoptado por Nerva, y al morir éste, y creyendo que su presencia era todavía necesaria en la frontera, no partió para Roma hasta el año siguiente. Con esto ya demostró que, si bien tenía un alto concepto de sus deberes como jefe del gobierno, no estaba dispuesto a respetar las tradiciones republicanas que aún podían subsistir en el Senado.

En realidad, la conducta admirable de Trajano durante todo su reinado inauguró el sistema de gobierno personal por el mejor ciudadano del Imperio, más bien que el de un régimen presidencial con un magistrado ejecutivo y una asamblea soberana.

Trajano sabía muy bien cómo se componía el Senado. Durante la República y los primeros tiempos del Imperio, el censor era el único que podía nombrar o destituir a los senadores; pero Domiciano se hizo nombrar censor y ahora era ya el emperador quien formaba a su gusto el Senado. Trajano no procedió a restaurar el poder del censor. Comprendió que para obrar bien debía tener las manos libres. Asegúrase que al entregar al jefe de los pretorianos la espada, símbolo de su dignidad, le dijo: “¡Empléala contra mí si no cumplo con mi deber, pero en defensa mía si obro bien!”. Al ser elegido emperador, Trajano era todavía fuerte, aunque ya entrado en años. Tenía gran experiencia, sin exagerados prejuicios romanos, porque era provinciano, nacido en Itálica, cerca de Sevilla. No tenía ambición ni hijos que pudieran disgustarle con sus desórdenes; su esposa, tan discreta como él, le siguió en algunas de las campañas militares que emprendió.

Los que, como Dante, creen que el gobierno perfecto sólo podrá obtenerse con un César sin tacha, no pueden hallar mejor modelo que Trajano. De sus diecinueve años de gobierno, siete los pasó en el campamento y murió en una tienda, a los sesenta y cinco de edad. Había traspasado las fronteras fijadas por Augusto, conquistado la Mesopotamia y descendido por el Tigris hasta el golfo Pérsico. Allí dicen que contempló, curioso, cómo partía una nave para la India. ¡Qué lástima no ser él entonces joven como Alejandro! ¡Pero quién sabe si Trajano no comprendió que había en su misión algo más grande y más difícil que la cabalgada heroica del macedonio a través del Asia, y







por esta razón retrocedió presuroso hacia Occidente, que necesitaba de su férula paterna!

Trajano gobernó con un grupo de amigos fieles, capaces y conscientes de la alta misión que les había sido confiada. Los conocemos poco; quisiéramos saber más de estos funcionarios excelentes que tuvieron tan alto concepto del servicio imperial. El Agripa del tiempo de Trajano parece que hubo de ser un tal Licinio Sura, del que subsiste un arco conmemorativo cerca de Tarragona. Otros debían de ser intelectuales discretos y sin vanidad política. Tenemos un tesoro de información en la correspondencia que se cruzó entre Trajano y Plinio el Joven, enviado a gobernar en Bitinia, en Asia Menor.

Plinio, sobrino del gran naturalista, era más bien un hombre de letras que un poli-



*Vista de las excavaciones de Pompeya, pequeña ciudad del sur de Roma que el año 79 quedó totalmente sepultada por la erupción del Vesubio. Posteriormente, fue olvidada su existencia, hasta que en el siglo XIX una misión italiana logró poner al descubierto la mayor parte de sus edificios y reconstruyó con ellos su historia.*

*El emperador Tito, hijo mayor de Vespasiano (Glyptoteca Ny Carlsberg, Copenhague). Tras haber ganado la guerra contra los judíos y tomado Jerusalén, fue asociado al gobierno por su padre. Le sucedió en el año 79 y fue un excelente emperador, pródigo constructor y embellecedor de Roma, no obstante su corto reinado de dos años.*



## LA SOCIEDAD DEL IMPERIO EN EL SIGLO II

En la época de Augusto, el Imperio halló un perfecto equilibrio entre los polos de la autoridad central y de la autonomía local, entre la unidad y la variedad infinita de condiciones jurídicas y civiles existentes como consecuencia de las diversas tradiciones vigentes en la inmensa extensión del estado.

El siglo II consiguió llevar casi a término la nivelación iniciada en el anterior. La centralización, actuando por la fuerza del poder autocrático en su pleno vigor y en su grado más elevado de funcionalidad, contribuyó a debilitar primero y a ahogar después la vida autónoma local. Por otra parte, la misma base de la sociedad intentaba, romanizándose, unificarse según un modo de vida civil considerado como definitivo. La ciudadanía cada vez más extendida; la siempre acentuada equiparación de Italia con las provincias, a pesar de las providencias tomadas para mantener la preeminencia del antiguo centro de dominio; la amplitud, agilidad y volumen del comercio a través de una extensión geográfica hasta allí no conocida; la adecuación universal de las leyes, usos y costumbres; la misma cristalización lingüística en dos grandes áreas de idioma griego y latino, cuyos límites se establecieron en aquel siglo II, eran los aspectos más aparentes del grandioso fenómeno de la unificación realizada en el mundo civil.

Los síntomas de transformación, y más tarde de declive, del estado han de buscarse en aquel fluir de tendencias, tanto procedentes de las altas esferas como de las bajas, conducentes a un mismo fin: la más completa unidad. El poder central consideró su deber interesarse por todo y creó y perfeccionó la jerarquía de funcionarios, que proveyó al Imperio de una magna y perfecta máquina de gobierno y envió comisarios especiales a las provincias (*correctores*) y a las ciudades (*curatores*) para cuidar de las finanzas. La gran máquina funcionó bien en el

siglo II, regida por la firme y personal dirección autocrática del príncipe.

Pero cuando este tipo de dirección se relajó (cosa que empezó a ocurrir bajo Cómodo) y el poder central entró en crisis, el sistema no pudo evitar degenerar hacia la burocracia: en una primera época con ventaja, dada la fuerza de la red administrativa extendida por el Imperio, que supo conservar práctica y sustancialmente el edificio imperial, trastornado por las crisis políticas. Así, *correctores* y *curatores* se transformaron en las principales autoridades de las comunidades adonde eran enviados, y de mantenedores de la autonomía local se convirtieron en sus destructores, de acuerdo con la lógica paternalística. Este hecho se vio apoyado por la creciente resistencia local a asumir las cargas económicas, resistencia determinada por la incipiente crisis financiera.

La sociedad, nivelada cada vez más políticamente y con posibilidades de ascender en la administración imperial, conservó, no obstante, netos los límites de las clases como condición del ordenado vivir civil. Las clases estaban abiertas a todos los hombres. Príncipes como Marco Aurelio no tuvieron prejuicios en aprovechar los hombres de mérito. Pero el mismo Marco Aurelio conservó y protegió rigurosamente los límites de aquellas. No se le puede reprochar haber perseguido un programa conservador, cuando la conservación social significaba la conservación del estado. Así, ni él ni nadie en el mundo antiguo podía abolir por decreto la esclavitud. El problema de los esclavos y los libertos se resolvía en parte por el sentido más difuso y profundo de la humanidad. Pero es innegable que la abstracta cristalización jerárquica de las clases llevaba, incluso por razones económicas, a cerrar el paso a un hombre concreto. El privilegio atribuido a la clase estaría celosamente vedado a la persona.

La crisis económica ya se dejaba sentir

en el siglo II en aquella sociedad latifundista, indiferente al progreso técnico y más consumidora que productora. La adquisición de mercancías de lujo representaba una pérdida continua de riqueza. El esplendor de la vida local y su prestigio, las manifestaciones fastuosas entretenían a cada clase en el disfrute de una prosperidad no saludable. Se ha hablado de la liberalidad imperial. Los restos de los edificios repartidos por todo el Imperio, y en ninguna época tan abundantes como en el siglo II, dan testimonio de gastos ingentes, no siempre destinados a obras de utilidad, en especial en los casos de munificencia privada local. Aumentó la pasión por los espectáculos, en una atmósfera de fasto al mismo tiempo barroco y agotado, preludio de un declive no sólo moral.

La misma seguridad interna y externa empezó a agrietarse. Se volvió a hablar de bandolerismo y de piratería. El empleo del ejército como protector de la seguridad pública, a la que la comunidad había provisto con sus propios medios, fue resueltamente rechazado por Trajano, pero no pudo evitarse después. Cohortes de auxiliares recibieron misiones de policía interior. Esto ocurría en el mismo momento en que el ejército hacía frente a la primera oleada del singular fenómeno de las invasiones bárbaras.

Por otra parte, el ejército, la expresión más auténtica de la nueva sociedad, se había transformado profundamente desde los jefes a los soldados e iba a actuar basado sólo en su fuerza, sin miramiento alguno hacia las nociones tradicionales del principado. La fórmula de Augusto había cumplido su misión. Los propios príncipes del siglo II, respetuosos con las tradiciones, habían ido afirmando cada vez más abiertamente la autocracia. La ficción de la monarquía sustancial y de la república formal había llegado a su fin.

A. G.

tico; poseía bienes de fortuna, muchos amigos y gozaba en Roma de gran reputación como abogado. Sin embargo, partió a la lejana provincia y desde allí consultó cada día a Trajano los problemas que se le presentaban en su gobierno. Las cartas de Plinio a Trajano dan idea de un empleado novel y algo meticuloso. Las respuestas de Trajano son muy propias de un príncipe justo, tal vez fatigado del mando, pero atento y previsor. Ambos no piensan más que en el bien público.

A la muerte de Trajano, todavía en Siria,

las legiones, que rodeaban su tienda, y la viuda, que estaba presente, aclamaron a su pariente Adriano como sucesor; éste no hizo más que comunicar al Senado el "hecho consumado". Adriano, que se había educado en Grecia, era más refinado y más intelectual que Trajano, aunque también de origen español. La historia tradicional romana ha presentado a Adriano como un esteta cosmopolita y amoral. Sus grandes construcciones, sus escritos, su ascensión a la cumbre del Etna para ver salir el sol, sus viajes para visitar lugares históricos y paisajes famosos,



todo esto cuenta más en los libros de historia que sus iniciativas para reorganizar el Imperio y dar a las provincias una vida civil casi moderna. Pero en los veintiún años que duró el gobierno de Adriano puede decirse que no hubo una ciudad del Imperio que no recibiera su visita y no se aprovechara de su liberalidad. Adriano hizo de las provincias verdaderas tierras romanas. Los gobiernos de sus dos sucesores, Antonino Pío y Marco Aurelio, continuaron manteniendo el mismo tono moral de la administración. Parece un sueño, una utopía, el que fuera posible la existencia de cuatro príncipes perfectos, uno después del otro, gobernando el mundo por un período de ochenta años.

He aquí un párrafo de las *Meditaciones* de Marco Aurelio: "Yo tuve en mi antecesor y padre adoptivo, Antonino Pío, un ejemplo de sencillez y firmeza, de desprecio de las vanidades, de diligencia y de perseverancia... Él daba audiencia a todo el mundo y respetaba los derechos de cada uno; él sabía cuándo y cómo tenía que descansar, lo mismo que la mejor manera de aprovechar el trabajo. Él me enseñó a perdonar a los que se propasen conmigo y a conducirme como un igual entre las gentes; a distribuir mis afectos, no cambiando de amigos a todas horas ni entregándome a ellos ciegamente. De él aprendí a no depender de nadie y aceptar mi destino, sea el que fuere; a ser precavido en los negocios públicos y no desdeñar el estudio de los asuntos por pequeños que parecieran, sin caer tampoco en puntillitos de afectación. Él me demostró que debía estar siempre por encima de los juicios del vulgo; me enseñó a adorar a los dioses



*Moneda del emperador Tito con su efigie y rotulada con su nombre completo.*

sin superstición y servir a la humanidad desinteresadamente; a ser sobrio, a no entusiasmarme por vanas novedades, a contentarme con poco, a apreciar los bienes que tengo en mi mano y a no desesperarme por su pérdida. De él aprendí a no ser un sofista ni un pedante, sino un hombre práctico que vive en este mundo; a tener buenos modales, a ser limpio y a cuidar de la higiene, sin depender demasiado de los médicos... Siempre prudente y moderado, Antonino nunca se entregó con exceso a la manía de construir edificios ni fue excesivo en sus dádivas al pueblo. Pensó sólo en cumplir con su deber, sin cuidarse de lo que diría la gente...".

Éste es el elogio de Antonino Pío, hecho por Marco Aurelio. Nadie lo ha desmentido. A su vez, la posteridad unánimemente ha hecho el elogio de Marco Aurelio. ¡El ideal de Platón, que quería un filósofo jefe de la república, se había realizado! Y no sólo una polis, sino un vasto imperio estaba administrado por un filósofo estoico. Marco Aurelio no fue un erudito como Alfonso el Sabio ni un aficionado a la filosofía como Pericles o Federico de Prusia, sino un pensador origi-



*Cabeza de Domiciano, segundo hijo de Vespasiano y sucesor de Tito en el Imperio (Museo Arqueológico Nacional, Madrid). Continuator de la política financiera de su familia, dio mayor auge a los bienes del estado y saneó la administración. Sus conquistas se concentraron en la Britannia y Germania, que cedieron nuevas tierras al Imperio. En sus últimos años acentuó la política de represión, la cual hizo surgir una oposición que puso fin a su vida.*





*Relieve de un legionario romano destacado en la Alta Germania (Landeshaoptstadt, Wiesbaden). Bajo Domiciano, la frontera del Imperio con los bárbaros se desplazó hacia el Norte y se materializó en una muralla con torres desde las que se vigilaba el "limes" germánico.*

nal cuyos escritos no dejan duda de su sinceridad. Su familia era cordobesa, pero él fue educado en Roma. Antonino Pío no sólo lo adoptó, sino que lo casó con su hija Faustina, a quien Marco Aurelio llama "mi pequeña mamá". Faustina le acompañó en sus viajes y murió lejos de Roma, en Capadocia, adorada por los soldados, quienes la llamaban *Mater Castrorum*, la madre de los campamentos.

Es interesante advertir que Marco Aurelio no trató de mejorar la Constitución, sino que se condujo dentro del orden de cosas existente. El emperador se mostró más bien respetuoso con el Senado, consultándole en todos los asuntos graves por medio de "relaciones" escritas que leía él en persona. Los diecinueve años del reinado de Marco Aurelio estuvieron llenos de terribles dificultades. Existía el problema eterno de las fronteras, que Trajano había tratado de resolver castigando a los belicosos vecinos del otro lado del Éufrates y del Danubio y anexionándose sus tierras. Adriano prefirió retroceder, y esto animó a los bárbaros. Marco Aurelio tuvo que atacar otra vez en el Asia y en la Europa central. En la tienda de campaña fueron escritas, pues, muchas de sus *Meditaciones*. Oyendo a veces los cantos soeces de los soldados o respirando el hedor de los cuerpos insepultos, el emperador se pregunta: "¿Estás contento de haber hecho lo que te exige la naturaleza o quieres ser recompensado, como si el ojo esperara paga para ver, o el pie pidiera sueldo para andar?". Él, como emperador, es una parte del Todo, que contiene no sólo la humanidad, sino la naturaleza y hasta Dios. Como emperador debe servir, marchar, pelear, mandar..., no tiene nada de que quejarse ni de que alabarse. Para los que creen que la bondad de un gobierno depende únicamente de la capacidad de los gobernantes y que el régimen no interviene en ello, el ejemplo del emperador filósofo es una lección para enseñarles que no basta la dictadura de los mejores.

A la muerte de Marco Aurelio fue elegido su hijo Cómodo, incapaz; tras cuatro grandes príncipes perfectos, casi es inevitable, si la Constitución no dispone lo con-



trario, que el gobierno se haga hereditario. Pero Cómodo fue asesinado; aunque gobernó como colega de su padre, y hasta le acompañó en sus últimas campañas, pronto se mostró indolente y brutal. Nuevamente se repitió el escándalo de conspiraciones, terrores y despotismos del primer siglo del Imperio. En los años que median del 180, en que muere Marco Aurelio, hasta el 283, año de la proclamación de Diocleciano, se suceden, juntos o aparejados, hasta veintinueve emperadores. Por lo que, descontando los trece años del gobierno de Cómodo y los veinticuatro de Septimio Severo y Caracalla, los restantes arrojan un promedio de dos años para cada emperador.

Sin embargo, a pesar de tantos desórdenes, el Imperio continuó subsistiendo por lo que en él quedaba aún vivo de la tradición republicana. Durante la República, al empezar a anexionarse territorios, se gobernaron con ex cónsules o ex pretores, que recibían la administración de una provincia para compensarles de su servicio gratuito de cónsul o pretor en Roma. Estos ex cónsules y ex pretores tenían el derecho de administrar justicia, del que carecían tribunos y censores. Podían, pues, servir para gobernar un país cuyos servicios estaban más simplificados que en Roma, pero donde no podía faltar alguien para hacer justicia con capacidad de juez.

Además, de todos los magistrados romanos sólo los cónsules tenían el mando del ejército; por tanto, en los territorios donde había peligro, y donde estaban acuarteladas las legiones, era indispensable un cónsul o ex cónsul con poder consular. De aquí la división de provincias en dos clases: las que tenían guarnición militar eran *consulares*; las ya pacificadas eran *pretoriales*, o regidas por pretores. Para facilitar la gobernación se fue aumentando el número de pretores a medida que se iban anexionando territorios: llegó a haber hasta cuarenta pretores en Roma, pero con los cónsules esto fue imposible, porque su carácter sacratísimo no permitía que fuesen muchos. Nunca hubo más de dos cónsules, pero se extendió el tiempo de gobierno en las provincias y algunos procónsules conservaron su gobernación tres y cuatro años. Otra solución fue la de elegir cónsules cada pocos meses, y así tener más ex cónsules a fin de año para el gobierno de las provincias.

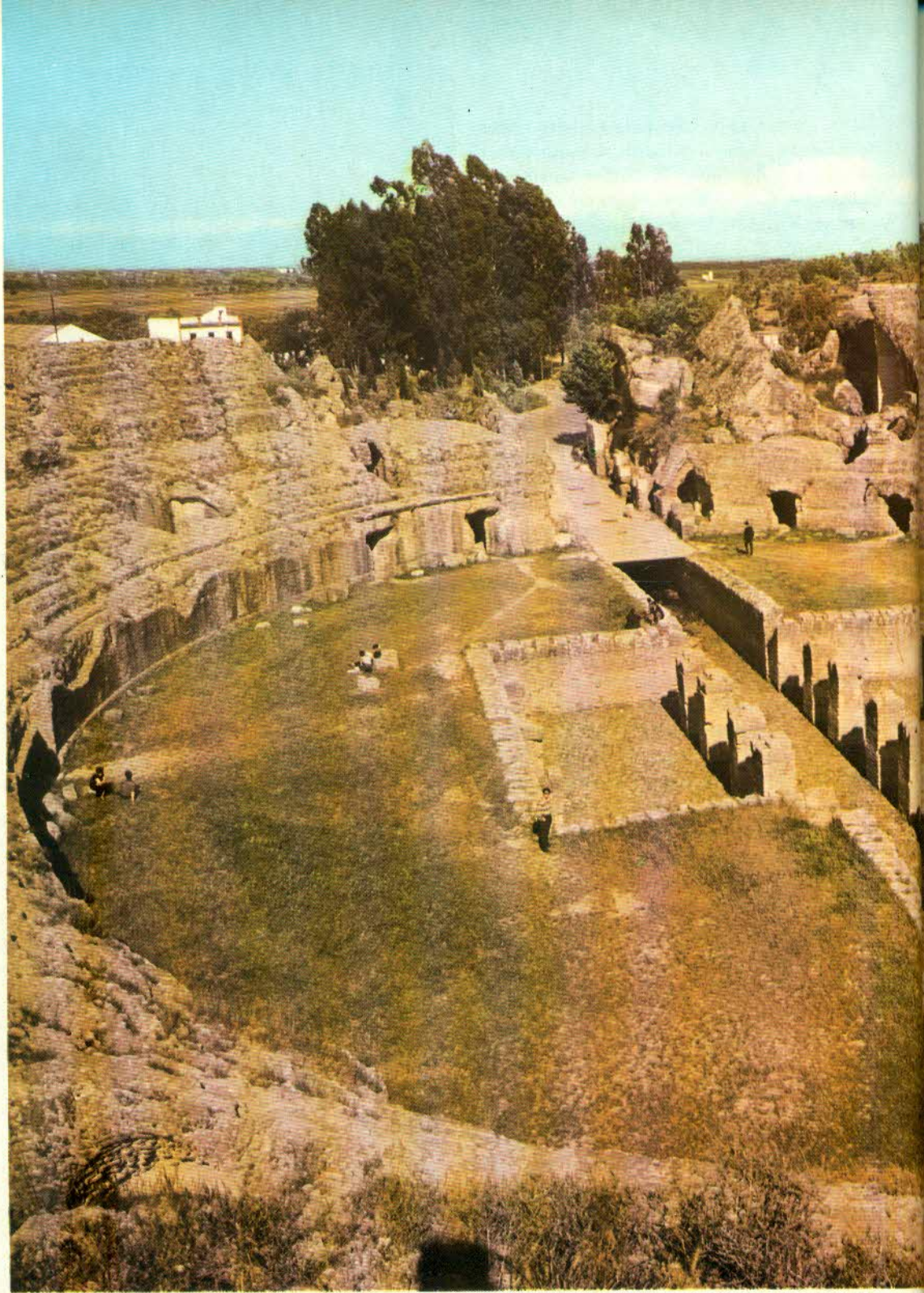
Durante el Imperio subsistió este régimen, cambiando tan sólo los nombres. Las provincias quedaron clasificadas en dos categorías: las *imperiales*, que dependían del emperador, quien tenía la potestad proconsular sobre todo el Imperio, y las *públicas*, a cargo del Senado. Cuáles eran de una clase



y cuáles de la otra, lo decidía el emperador; éste, a veces, juzgaba necesario mantener un cuerpo de ejército en una provincia que hasta entonces había sido del Senado, y automáticamente recaía bajo la jurisdicción imperial. Pero hasta cuando los cargos públicos en Roma eran provistos con candidatos propuestos por un emperador tirano, incluso entonces su período preliminar de servicio en la capital valía tanto como un curso de derecho político y de administración provincial. No importaba que, en los meses de sus funciones en Roma, careciesen de independencia y fueran sólo ejecutores de la voluntad de un Calígula o un Nerón; el caso es que aprendían la rutina y los procedimientos de gobierno. Roma era, pues, una especie de escuela para ejercitarse en el gobierno aquellos funcionarios que iban a provincias.

***Busto del emperador Nerva, de familia senatorial romana, a quien los asesinos de Domiciano eligieron para sucederle (Museo del Louvre, París). A pesar de llevar con acierto la gestión imperial, no logró contentar a los pretorianos y, para darles gusto, asoció a su gobierno como César y sucesor a su hijo adoptivo Trajano. Nerva inaugura la dinastía Antonina y la costumbre de transmitir el poder por adopción.***



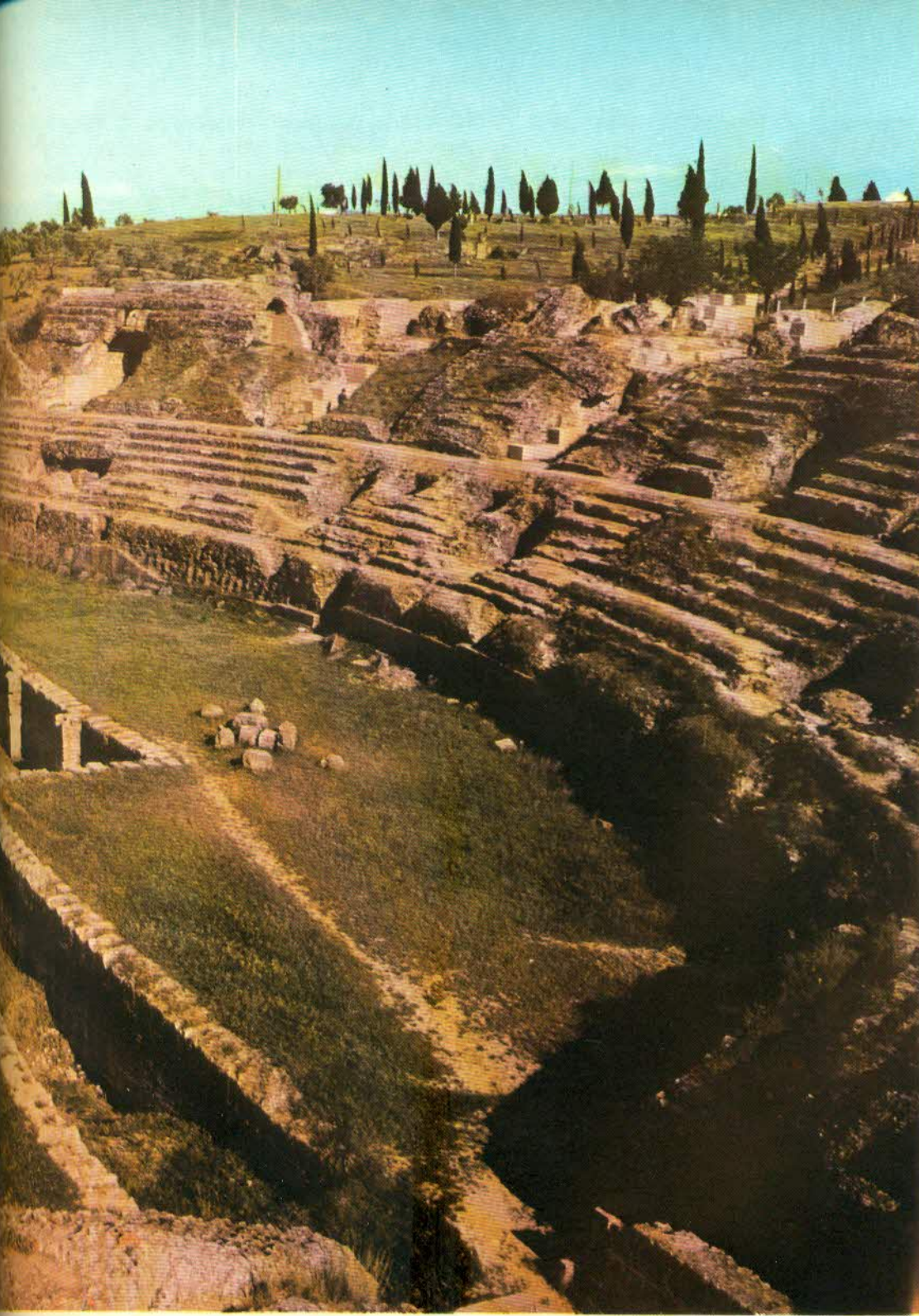


Los procónsules y ex pretores marchaban a su gobernación con un séquito que nombraba el Senado, aunque a propuesta del propio gobernador. Estos auxiliares subordinados eran el cuestor, que hacía las veces de tesorero, y un número de legados, que iban para ayudar y, sobre todo, para adquirir experiencia. Así, el procónsul o pretor asumían reunidos, en la provincia, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Si era una provincia consular, con un cuerpo de ejército, el gobernador tenía que man-

darlo como general y a menudo dirigir una campaña. Aunque había en las provincias *concilios*, o asambleas provinciales, el gobernador tenía que promulgar a veces ordenanzas para nuevos casos que no estaban previstos en la "costumbre" local, siempre respetada por la administración romana; por último, tenía que administrar justicia.

Recorría el gobernador sus distritos, llamados *conventus*, en una especie de visita pastoral; en España había siete conventos en la Tarraconense, cuatro en la Bética y





*Ruinas del anfiteatro de la población bética de Itálica, donde nacieron M. Ulpio Trajano el año 53 y P. Aelio Adriano el 76 de nuestra era.*

tres en la Lusitania. En cada distrito existían una o varias ciudades donde el gobernador acostumbraba detenerse para resolver pleitos de su jurisdicción, lo que hacía asesorado siempre por un grupo de ciudadanos romanos establecidos en el país. El gobernador no debía entender en todos los casos. Algunas ciudades tenían privilegios establecidos por su fuero, o carta de fundación, y otros que se les otorgaron más tarde. Por alguno de estos privilegios se les concedía precisamente el derecho de administrar jus-

ticia sin esperar la visita del gobernador. En la mayoría de las ciudades los magistrados municipales podían resolver querellas entre esclavos y pleitos por pequeñas deudas. Por ejemplo, en la ley de Málaga, que subsiste grabada en bronce, se dispone que los pleitos por menos de mil sestercios serán de incumbencia de la autoridad local.

Del itinerario del viaje y los trabajos de un gobernador nos enteramos la correspondencia de Cicerón cuando fue a gobernar la Cilicia. Había sido cónsul el año 63; le toca-





*Busto de Trajano, el primer emperador proveniente de una provincia del Imperio (Museo del Capitolio, Roma). Su espíritu militar, que le retuvo en el campo de batalla hasta dos años después de la muerte de Nerva, movió sus posteriores campañas triunfadoras contra dacios y partos. Soldado entre sus propios soldados y humanitario en considerar las miserias de sus súbditos, fue querido por el ejército y por el pueblo.*

ba, pues, una provincia consular, de frontera y con ejército. Hubiera él preferido, claro está, Grecia o Sicilia, pero éstas no eran consulares; le tocó en suerte la Cilicia, tierra más o menos clásica, con un pasado histórico respetable. Ya antes de salir de Roma redactó su *edicto*, en que se contienen los principios de justicia con que se proponía gobernar. Todos los gobernadores hacían lo mismo, copiándose uno de otro. Cicerón no fue una excepción, pues se limitó a copiar el edicto de su predecesor, el incorruptible Escévola, con algunas variaciones.

Cicerón llegó a Laodicea el 31 de julio e inmediatamente empezó a fallar casos en el tribunal. Un mes más tarde estaba en Iconium, donde pasó revista al ejército; de allí fue a Tarsos, adonde llegó el 5 de octubre. En seguida tuvo que emprender una expedición militar contra las tribus del monte Amanus. Esta campaña le ocupó hasta mediados de diciembre. De vuelta a Tarsos descansó algunos días, muy pocos, pues el 5 de enero del año 51 estaba de nuevo en Laodicea. Allí otra vez administró justicia hasta el 7 de mayo; todavía volvió a Tarsos para resolver algunos pleitos pendientes. Por fin, el 3 de agosto se embarcaba para Italia. ¡Qué ajetreo para un abogado de temperamento algo metafísico como Cicerón! ¡Y qué carabía pagado su vanidad de ser cónsul! Casi no compensaba tener inscrito el nombre



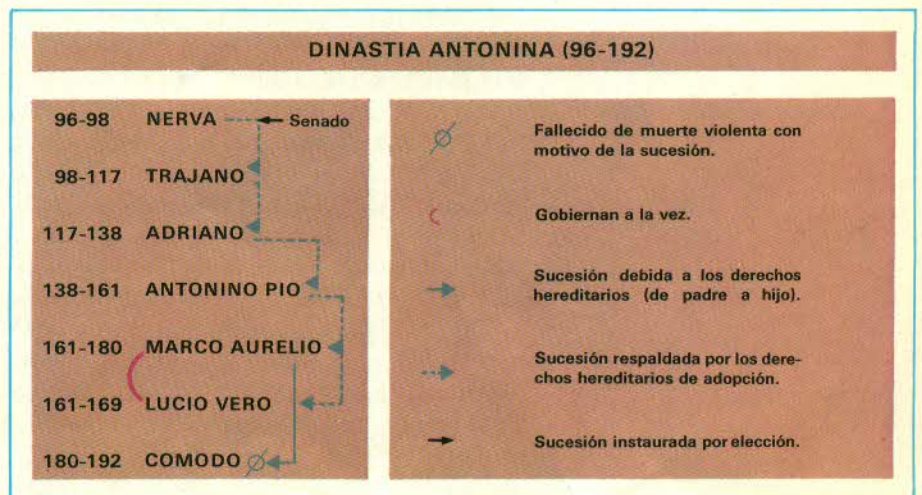




*Arco de triunfo que el Senado dedicó a Trajano en la ciudad de Benevento, en la Campania. Cabe destacar el buen estado en que se conservan sus relieves, referentes todos ellos a la vida del emperador y a los hechos de su Imperio.*

en los fastos consulares por toda una eternidad si para ello se había de pasar un año fuera de Roma, lejos de la familia y de los libros, persiguiendo bandidos y fallando disputas de provincianos...

Otros aprovechaban el año de su gobernación para hacerse ricos, y no con el sueldo, porque entonces ni los gobernadores ni los de su séquito recibían estipendio alguno; la provincia les facilitaba lo necesario, pero nada más. Las fortunas fabulosas que acumularon algunos gobernadores provenían del abuso que hicieron de su poder; por ejemplo, podían señalar el lugar donde tenía que alojarse la guarnición, y las ciudades detestaban semejante "honor" por el







**Este relieve de la columna de Trajano representa una escena diaria en los campos de batalla romanos: unos soldados curando a sus compañeros heridos.**

gasto excesivo que implicaba para ellas. El gobernador tenía que vigilar a los recaudadores de contribuciones, disponía la construcción de las vías militares, regulaba y prohibía los gastos en las ciudades, podía resolver o dar largas a los pleitos, etc., es decir, cosas que a los poco escrupulosos debían procurarles abundantes donativos.

Cuando los gobernadores eran también generales del ejército, tenían el derecho de conceder la ciudadanía romana, y no hay que decir si estarían dispuestos los provincianos ricos a comprar este derecho de un gobernador venal. Ellos sabían bien lo que esto significaba: *Cives romanus sum*, dice San Pablo, e inmediatamente se le reconoce el derecho de apelar a Roma. Con esta sola excepción, el gobernador podía imponer hasta sentencia de muerte, porque los provincianos vivían constantemente bajo la ley marcial. En Oriente, el gobernador ocupaba los antiguos palacios reales; en Sicilia vivía en el palacio de Hierón, y en las nuevas provincias se habían construido pretorios en las ciudades más importantes.

Dado el carácter que hemos calificado de absoluto del gobierno provincial, el lec-

tor se preguntará cómo podían evitarse abusos y crímenes todavía más escandalosos que los que encontramos en la propia Roma. El gobierno provincial romano carece de aquella sabia distribución de poderes que echamos de ver en el imperio español de América, con el virrey y la Audiencia en la colonia, y el rey y el Consejo de Indias en España, que mutuamente se fiscalizaban y restringían su poder. Pero ya se descubre en la administración imperial romana algo parecido a las famosas *residencias* de los virreyes americanos: al partir un pretor, el concilio provincial se reunía para juzgar todos sus actos, dándole un voto de gracias, o enviando a Roma un memorial de agravios, que se dirigió primero al Senado y después al emperador.

En casos de ofensas graves, la causa era llevada a los tribunales y los mejores abogados de Roma no reparaban en atacar al gobernador inmoral con discursos fulminantes. Algunas veces se llegaba a castigarlos con multas o destierro, penas ambas que poco aprovechaban a las provincias perjudicadas; pero el escándalo podía escarmentar a los futuros gobernadores. Cicerón vocifera contra Verres, que había esquilado a Sicilia, en párrafos que parecen de Jeremías: "Todas las provincias llevan duelo, todos los pueblos que eran libres se lamentan, todos los reinos se quejan de nuestra ambición", etc. Más tarde, poetas como Marcial y Juvenal hacen burla de castigos que consisten en mandar al ex pretor que salga de Roma para que goce de sus riquezas mal adquiridas en una villa cerca de Nápoles.

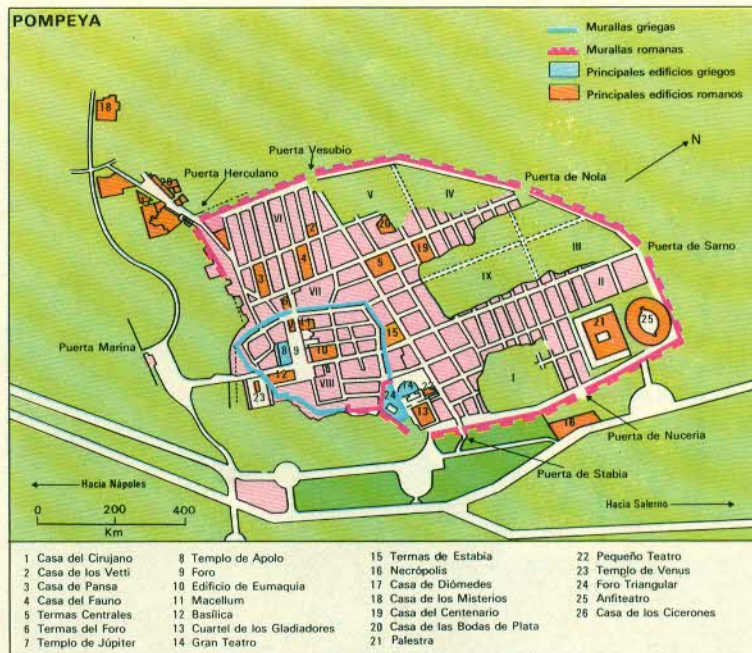
Sin embargo, no hay que olvidar que en el primero y el segundo siglos de nuestra era, y precisamente debido a la organización imperial romana, el mundo gozaba de tal prosperidad, que las exacciones e injusticias no tenían excesiva importancia. Por vez primera se comerciaba libremente de un extremo al otro del Mediterráneo; inmensas extensiones de nuevas tierras se habían roturado en el Occidente, y hasta las primitivas industriales locales, en las que se había venido perfeccionando la técnica, se relacionaban ahora con mercados extranjeros que solicitaban sus productos. ¿Qué daño irreparable podía hacer a una provincia, a una ciudad y hasta a un individuo un pretor venal que les arrebatara con multas y exacciones buena parte de sus bienes? No resultaba demasiado difícil recuperar lo perdido por otros caminos, y por esto los cohechos de una política corrompida no sublevaban a los perjudicados.

A medida que se iba robusteciendo la autoridad imperial, se fue haciendo más activa la intervención del emperador en la



administración de las provincias. Primero empezó enviando un legado, como inspector suyo, hasta a las provincias públicas, que dependían del Senado. Pronto el legado imperial tuvo más influencia que el procónsul, porque el emperador ejercía de juez supremo de apelación para resolver las quejas de las provincias, y el informe de su legado era decisivo. Otra innovación beneficiosa fue la de asignar un sueldo a los pretores; éstos eran, a veces, oficiales de administración que no actuaron previamente de cónsul o pretor en Roma. Emperadores como Trajano o Adriano, venidos de provincias, es natural que eligieran a sus funcionarios teniendo en cuenta los méritos de cada uno y no los derechos adquiridos sirviendo al estado dentro de las murallas de Roma.

Además, las provincias, sobre todo las del Oeste, crecieron en capacidad política.



## EL CRISTIANISMO

En el siglo II, la presencia del cristianismo, la religión nacida en Judea en tiempos de Augusto y de Tiberio, ya no podía ser ignorada. La política religiosa del principado había sido regulada sobre cánones que consideraban mayormente el valor político de la religión, de conformidad con el resto de la tradición romana. Conservando el culto tradicional, afirmado el culto imperial, en la confrontación con las otras religiones regía una actitud de aceptación curiosa y supersticiosa, sobre todo a nivel popular, y, por parte del estado, una actitud de tolerancia que no tenía más límite que las exigencias de orden público y el respeto a las instituciones. Ahora bien, por imputación del pueblo hebreo al débil procurador, desde su origen la Pasión de Cristo se presentó como rebelión al César. La novedad sublime del credo cristiano, la natural diferencia con respecto a otras religiones, exceptuada la hebraica, la pureza insólita de los ritos y la conducta de los adeptos, incomprensible a la mentalidad corriente, ya presentaban la nueva religión como algo sospechoso ante los atónitos ojos de los demás.

La negación del politeísmo, el rechazo de los cultos humanos, la difusión entre la plebe urbana y entre esclavos y libertos (y de aquí la potencial amenaza al orden social), la organización en sociedad visible, la habrían hecho chocar, tarde o temprano, con el mundo oficial, en especial cuando la acusación de impiedad coincidiera con la resistencia al culto del emperador o bien cuando la alteración del orden en las comunidades locales estuviera per-

seguida por las leyes de la seguridad pública.

El primer ruidoso episodio de las persecuciones en Roma, adonde habían llegado los apóstoles Pedro y Pablo y donde florecía una comunidad cristiana desde tiempo de Claudio, se produjo bajo Nerón, cuando el príncipe atribuyó a gente ya odiada la culpa del incendio del año 64, que el pueblo le atribuía a él. Aunque nadie creyó en la justificación oficial de la matanza subsiguiente, y las víctimas fueron compadecidas por su manifiesta inocencia respecto a aquella acusación específica, el castigo se consideró justo por las culpas que se creían ligadas a los que profesaban el cristianismo. En esta errónea convicción popular, explicable por el escaso conocimiento real de la doctrina y de las prácticas cristianas, y en la tradicional desconfianza hacia las asociaciones (no por una ley específica que prohibiese el cristianismo de manera explícita) se basan las sucesivas confrontaciones entre sociedad y mentalidad paganas y la nueva religión, entre el estado y la cada vez mejor desarrollada organización, la Iglesia.

En ocasiones, la hostilidad de las masas obligó a los propios órganos de gobierno a ordenar represalias desproporcionadas con respecto a las intenciones oficiales de salvaguardar el orden, como testimonian, bajo Trajano, Adriano y Antonino Pío, célebres documentos, como las cartas 96 y 97 del libro X de las *Epístolas* de Plinio el Joven y el llamado rescripto de Adriano a Minicio Fundano. Las autoridades estaban deseosas de dominar el único movi-

miento que tenía una estructura jerárquica y que por varias regiones daba origen a disturbios, sobre todo en las ciudades asiáticas, donde los cristianos eran muy numerosos. Pero las garantías establecidas acerca de la presentación de las acusaciones y la regularidad de los procesos hicieron que éstos se resolvieran con ventaja para los cristianos. El cuidado empírico de las necesidades según los lugares y las circunstancias y la acostumbrada ecuanimidad romana consiguieron establecer, por casi todas partes y durante largos años del siglo II, una situación de satisfactoria tolerancia, en la que pudieron florecer los escritores, que hicieron llegar hasta los emperadores sus apologías y fundaron un imponente cuerpo de doctrina, no toda, sin embargo, ortodoxa, pues el siglo II vio también el inicio de las principales herejías.

En tiempos de Marco Aurelio, y mientras la disputa pagano-cristiana alcanzaba un plano filosófico, la tradición pagana se defendía (Celso), la apologética cristiana contraatacaba e iniciaba ya la conciliación de la Iglesia y el Imperio, y la organización eclesiástica, con centro en Roma, se establecía fuertemente, el príncipe, ideológicamente adverso al cristianismo y, sobre todo, diligente en el cuidado del orden público, acentuó la represión oficial y los cristianos sufrieron persecuciones casi siempre esporádicas y ligadas a circunstancias locales, pero duras, como las de Lyon y Vienne en la Galia (177 ó 178).

A. G.





**El emperador Adriano, según se representa en un relieve del arco levantado a su memoria en Roma. El sucesor de Trajano, natural también de Hispania, fue un gobernante justo, dadivoso y, por tanto, muy apreciado. Intelectual y nunca fatigado de saber, recorrió prácticamente todo el Imperio y en todas partes se le levantaron monumentos. Su profundo espíritu escéptico se manifestó en la amplia tolerancia religiosa de su reinado.**

Los concilios provinciales no pasaron de ser asambleas religiosas en que sólo en casos excepcionales se trataban materias de administración. Se reunían una vez al año y generalmente en el templo de Augusto y Roma, levantado en la capital de cada provincia; pero, en cambio, los municipios fueron aumentando en número y categoría. En un principio, las únicas ciudades que tenían personalidad política eran las *ciudades colonias*, fundadas por veteranos o colonos romanos. Había *ciudades federadas*, con privilegios, y por fin *ciudades estipendiarias*, que estaban sujetas a tributos y no tenían fuero especial. Los escritores romanos nos han dejado poquísimos detalles de la vida municipal en provincias; sólo por las leyes grabadas en bronce de Málaga y Osuna conocemos algunos detalles sobre la manera de

regirse, por lo menos, dos ciudades españolas. Las inscripciones latinas completan la información, y, por lo que se ve, el régimen debía de ser casi uniforme en todo el Imperio.

Las ciudades se gobernaban con dos magistrados, llamados *duunviros*, que, a imitación de los cónsules en Roma, tenían el poder por un año y no recibían sueldo ni compensación de ninguna clase. Al contrario, se esperaba de ellos que agradecieran el nombramiento con un convite en que no podían faltar, según las leyes de Hispania, pasteles y vino. Los letrados de las calles de Pompeya, que a menudo hacen referencia a elecciones, nos prueban que hasta las mujeres tomaban parte en las elecciones municipales.

Al servicio de los *duunviros* estaban los ediles, elegidos por voto popular, quienes cuidaban de la limpieza de las calles y la reparación de los edificios públicos. Dos secretarios tesoreros, o *cuestores*, completaban la administración local. Existía además en las ciudades romanas un embrión de consejo municipal, llamado *Ordo decurionum*, formado por ciudadanos distinguidos, en su mayoría ex magistrados, que conocían la técnica del gobierno de la ciudad. Por fin, cada provincia y también cada ciudad ponían empeño en hallarse bajo la protección de un personaje influyente en Roma, que era el *patrón* del pueblo; éste, a semejanza de los diputados en los parlamentos del pasado liberalismo, cuidaba de los provincianos cuando iban a la capital y los defendía cerca del gobierno central.

Este sistema parece haber funcionado maravillosamente; por lo menos, con él se ve prosperar a las ciudades y existen pruebas palpables de que los ciudadanos quisieron competir en la mejora de los servicios públicos. Innumerables construcciones, como acueductos, puentes, cloacas, muestran aún las inscripciones que conmemoran al personaje oficial o al acaudalado ciudadano que hubo de sufragarlas de su bolsillo. Roma había conseguido contagiar su ansia constructora a los pueblos a ella sometidos; era éste, de todos modos, un barniz puramente superficial de civilización que no tuvo tiempo de penetrar tan adentro como la cultura moderna.

Se equivocaría el que creyera que las provincias vivían una vida que podríamos llamar *clásica*, con los dioses olímpicos en lo alto, el emperador como un César o supremo regulador en Roma, y una vida civil uniformemente extendida por campos y lugares. No, la barbarie del campesino provincial y las viejas supersticiones prehistóricas de estos pueblos antiguos perduraban con toda su fuerza y entraban hasta en la misma Roma.



donde había gentes ansiosas de participar en los cultos extraños y las exaltaciones exóticas de dioses desconocidos.

En cambio, toca aquí decir algo de las tareas civilizadoras que tuvieron que realizar las legiones. El soldado romano no sirvió únicamente para conquistar, sino que valió todavía más para conservar lo conquistado. Hasta en las épocas de mayor decadencia, el ejército romano mantuvo algo de la primera milicia republicana, formada sólo por ciudadanos libres. En los orígenes de Roma, el ejército era el conjunto de los ciudadanos convocados en épocas de revuelta

para reprimir *tumultus* o disturbios. En un principio, la milicia de Roma se organizó en unidades de tres mil hombres, llamadas *legiones*. Cada cónsul tenía el mando de dos legiones y esta tradición subsistió hasta en los tiempos imperiales, pero el número de legionarios aumentó hasta cuatro mil quinientos y luego a seis mil. A pesar de abrirse las filas de las legiones a los extranjeros y aun a mercenarios, cada legión conservó sus derechos y tradiciones. Además de un cuerpo de ejército, la legión era una cofradía militar o asociación religiosa. Los legionarios se reclutaban por un período de dieciséis años,

***Vista de la muralla de Adriano, al norte de Inglaterra, mandada construir por el emperador como defensa contra los pueblos bárbaros de Escocia, que atacaban continuamente a las legiones. La fortificación alcanzaba ciento veinte kilómetros de longitud, cinco metros de altura y dos de espesor.***





***Restos del arco de triunfo de Adriano en Eleusis, Grecia. El más culto de los emperadores romanos visitó Grecia no sólo como obligación de gobierno, sino para satisfacer sus ansias de saber. Allí restauró monumentos clásicos, mandó construir otros nuevos y se inició en los misterios de Eleusis.***

vivían a veces cerca del cuartel, en chozas, con su mujer, y sus hijos nacían en la frontera. En estas condiciones no es de extrañar que cada legión tuviera su dialecto especial, sus supersticiones y leyendas, siendo tan vivo su espíritu de cuerpo, que al sobrevenir desastres militares, si quedaba exterminada una legión, era casi imposible reclutarla de nuevo.

Los campamentos eran, pues, verdaderas ciudades, de planta rigurosamente rectangular y dos vías principales que se cruzaban en ángulo recto. A estas ciudades militares acudían los bárbaros para vender los productos naturales de la región, y de paso aprendían algo de las costumbres romanas. Las legio-

nes estaban acuarteladas siempre en lugares de peligro; por esto los campamentos tenían foso y murallas, con torres a distancias regulares y sólo cuatro puertas, una en el centro de cada lado. A veces los campamentos estaban unidos entre sí por un sistema de murallas, y hasta las legiones construyeron trincheras para impedir la comunicación entre los bárbaros sometidos y aquellos otros que se reputaban indomables.

Por una supervivencia de antiguas costumbres, las legiones abrían caminos, desecaban pantanos y construían puentes para poner en comunicación los campamentos con las ciudades. El canal de Mario, en Nar-







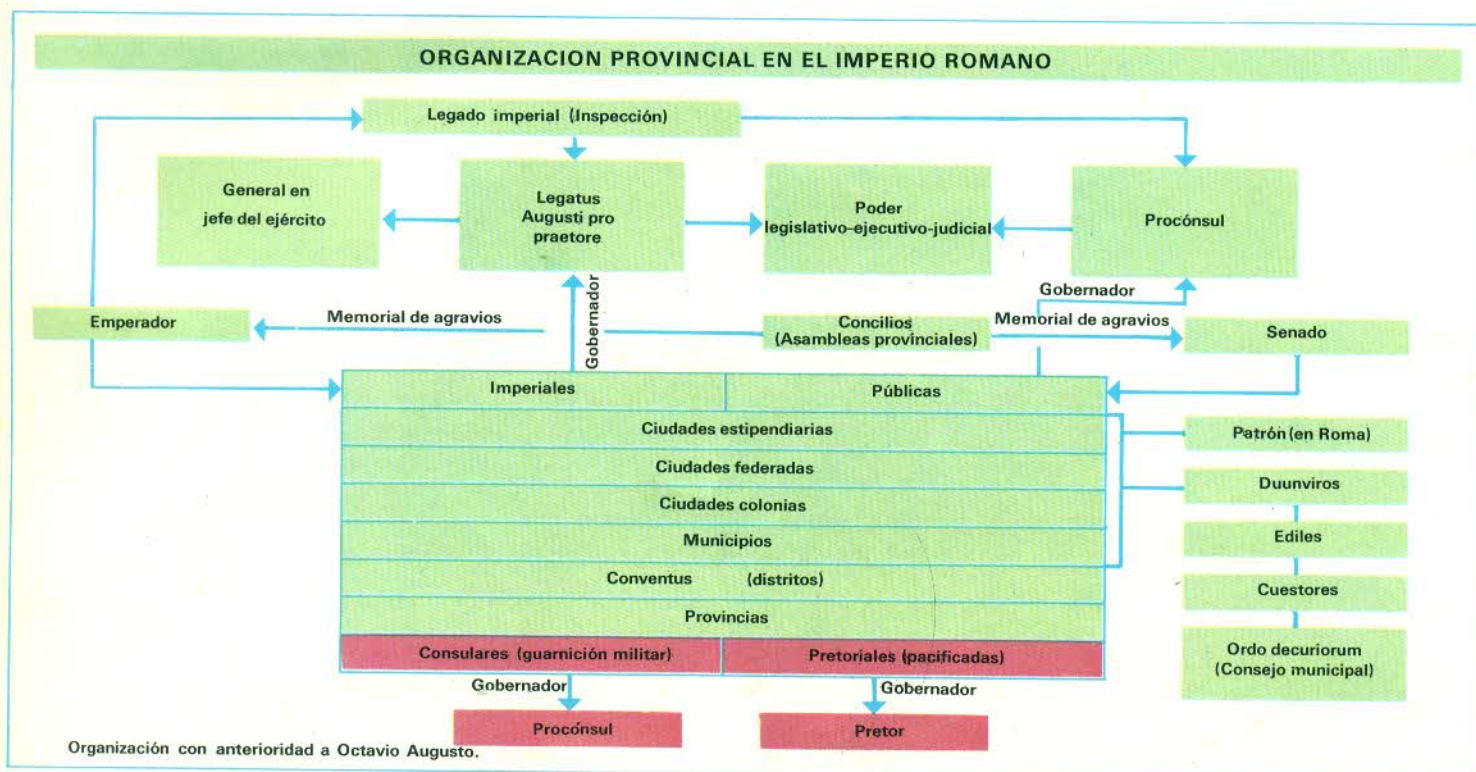
*Imponente mole del castillo de Sant'Angelo, cuya primitiva construcción fue tumba de Adriano.*

bona, es una de las primeras muestras de este trabajo urbanizador. Muchas de las grandes ciudades de la frontera del Rin, como Maguncia, Colonia, Bonn, Basilea, fueron obra de las legiones. Porque, según la lista que nos ha conservado Tácito, en su época, de las veinticinco legiones que constituían en total el ejército romano, ocho de ellas estaban apostadas en la frontera del Rin. En cambio, una guarnición de mil doscientos hombres bastaba para las Galias en el segundo siglo de nuestra era.

Las guarniciones a veces estaban acuarteladas en el campamento rodeado de murallas como una pequeña ciudad urbanizada según el sistema clásico de dos calles, *cardo* y *decumanus*, que se cruzaban en el centro,







*Busto del emperador Antonino, a quien el Senado, debido a su bondad y al respeto que tuvo a la voluntad de su padre, honró con el sobrenombre de Pío (Museo de las Termas, Roma). Antonino Pío fue quizás el emperador más querido por el pueblo, pero tanto la administración pública como la integridad del ejército se resintieron de su debilidad.*



*Relieve de la columna de Marco Aurelio en Roma, en donde se halla representado el emperador, montado en una cuadriga, entrando triunfalmente en Roma.*



donde estaban el pretorio del gobernador y la administración. Pero otras veces se creaban centros de población, algunos de los cuales se conservaron durante toda la Edad Media. No hay que imaginar que la vida en estos campamentos fuera triste y monótona.

En Straubing, Baviera, se descubrió en 1950 el tesoro de una legión y allí se encontró un centenar de máscaras y ornamentos para disfrazarse en fiestas y ceremonias.

Y, sin embargo, a pesar de los largos períodos de paz, no se advierte que el espíritu



**Busto de Marco Aurelio, emperador que sucedió a Antonino Pío y tuvo como asociado a Lucio Vero (Museo del Capitolio, Roma). El emperador filósofo dejó en sus "Meditaciones" una clara exposición de sus principios en la línea del más característico estoicismo romano. Estas ideas fueron las rectoras de su actividad administrativa y jurídica, e inspiraron normas humanitarias, como la casi supresión de los combates de gladiadores.**



humano llegue a progresar como en otras épocas más agitadas ¿Por qué?... ¿Por qué la ciencia griega, que había conseguido adivinar los principios capitales de la física y la mecánica, permaneció estacionaria en la época romana?... Hasta a la filosofía se la ve vegetar, aprovechándose de las últimas enseñanzas de epicúreos y estoicos. Parece como si se quisiera cumplir con todo rigor el consejo del viejo romano Ennio, que recomendaba bañarse en filosofía, pero sin ahogarse en ella.

Es cierto que el gran esfuerzo religioso de

adaptar los cultos orientales a la mentalidad clásica debió fatigar a los mejores espíritus de Grecia y Roma. Pero la filosofía podía seguir progresando independientemente en lugar de repetir lo que ya estaba dicho. ¡Qué cansado y monótono sería Séneca si no fuera por su estilo elocuente! Los españoles han creído encontrar en Séneca un pensamiento original, y hasta se ha inventado un nombre: *senequismo*, como si Séneca representase un matiz distinto del estoicismo romano. Pero esto es debido a que los compatriotas de Séneca no conocieron bastante el estoicismo místico, algo contaminado de teología oriental, de Posidonio y Panecio, que Cicerón sólo aceptó a regañadientes.

No, lo interesante y "moderno" de Séneca no es su filosofía, que, en forma de *ensayos* de un retoricismo de buen gusto, fue el pasto de las escuelas durante la Edad Media. Lo atractivo de Séneca es el hombre. En medio de la vida complicada de la Roma de su tiempo, y desempeñando cargos de gran responsabilidad, procuró mantener vivo en su espíritu el culto de la filosofía y la ciencia, con desdén de las otras "vanidades".

El padre de Séneca era un alto funcionario español. Tuvo tres hijos, todos famosos, a los que dedicó un tratadito de retórica muy discreto y culto. Al morir la madre, Lucio, que es nuestro filósofo, fue adoptado por su tía, casada con el gobernador de Egipto. Séneca, que viajaría por el valle del Nilo, escribió sobre la religión y la geografía de aquel país y trazó una monografía acerca de los pueblos de la India. No le faltó, pues, al filósofo español la oportunidad de aprender en las escuelas de Córdoba, Roma y Alejandría.

De su aspecto físico nos enteramos él mismo: "Algunos se burlan de mi calvicie, de mi miopía y de mis piernas cortas y delgadas; pero ¿qué insulto hay en decirme lo que todo el mundo puede ver?". Fue un asmático crónico; acaso a esto obedece su dieta, sin vino, y su régimen de baños fríos y paseos regulares. Séneca empezó a actuar como empleado en la época de Tiberio, escapó con "literaria" indignación de los abusos de Calígula y, en cambio, Claudio lo desterró a Cerdeña, entonces un país salvaje. Allí el español filósofo desahogó su ánimo por espacio de ocho años, escribiendo tragedias. Pasaba ya de los cincuenta cuando Agripina, casada en segundas nupcias con Claudio, lo mandó llamar a Roma para que educara a su hijo Nerón.

Durante los primeros cinco años del gobierno de Nerón —que Trajano hubo de alabar un siglo después—, en realidad fue Séneca quien empuñó el timón del estado. Honores y riquezas se acumularon en su

**Busto de Cómodo, hijo de Marco Aurelio y sucesor en el trono (Museo Calvet, Aviñón). Cuanto su padre tuvo de sabio, él lo tuvo de degenerado. Más que emperador, fue un gladiador cuya razón de vivir estaba en el circo. Muchas de sus locuras recuerdan las de Nerón. Con gran regocijo de sus súbditos, fue envenenado y estrangulado en el último momento por un luchador.**



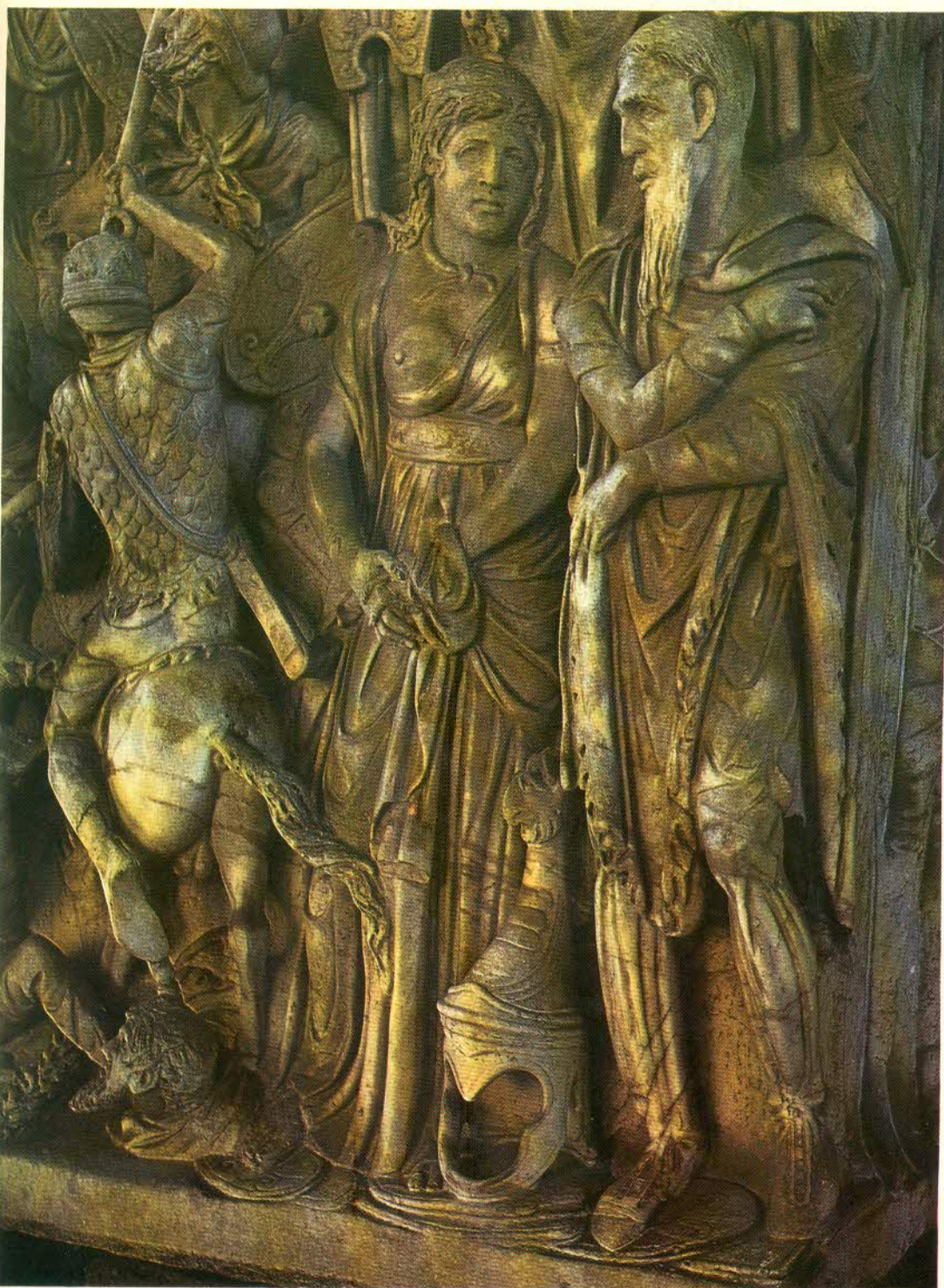


persona, sin quererlos, pero aun en este tiempo continuó escribiendo ensayos filosóficos y tratados científicos. El gran naturalista Plinio confiesa que el año 60 Séneca no era sólo el primer ministro, sino también el primer literato de Roma... Y el año 65 moría, víctima de la crueldad de su discípulo Nerón.

Al recibir la orden imperial de suicidarse, su esposa quiso morir también; ambos se abrieron las venas. Pero como la muerte

tardaba en llegar, Séneca pudo dictar todavía sus últimos pensamientos filosóficos. "El cadáver —dice Tácito— fue quemado sin ceremonia", como el mismo Séneca lo había dispuesto precedentemente.

La muerte de Séneca le ha hecho famoso hasta nuestros días. Hoy nos admira más su vida. Comprendemos que no fue un favorito al estilo de los que surgen en la Historia, sino un hombre de letras que hubo de resignarse a ejercer de ministro.



*Detalle del sarcófago de un general de Marco Aurelio, donde, en conmemoración de sus campañas, se representa una batalla de los ejércitos imperiales contra los bárbaros (Museo de las Termas, Roma).*



## BIBLIOGRAFIA

Andreotti, R.	<i>Commodo</i> , Roma, 1942.
Arias, P. E.	<i>Domiziano</i> , Catania, 1945.
Beaujeu, J.	<i>La politique religieuse des Antonins</i> , París, 1955.
Carcopino, J.	<i>L'hérédité dynastique chez les Antonins</i> , París, 1950.
D'Orgeval, B.	<i>L'empereur Hadrien. Oeuvre législative et administrative</i> , París, 1950.
Ferrabino, A.	<i>Nuova Storia di Roma. III. Da Cesare a Traiano</i> , Roma, 1947.
Fortina, M.	<i>L'imperatore Tito</i> , Turín, 1955.
Garzetti, A.	<i>Nerva</i> , Roma, 1950. <i>Storia di Roma. VI. L'impero da Tiberio agli Antonini</i> , Bologna, 1960. <i>L'impero romano</i> , tomo II de la "Storia Politica Universale" dirigida por F. Curato, Novara, 1966.
Görlitz, W.	<i>Marc Aurèle, empereur et philosophe</i> , París, 1962.
Hammond, M.	<i>The Antonine Monarchy</i> , Roma, 1959.
Homo, L.	<i>Vespasien, l'empereur du bon sens</i> , París, 1949. <i>Le siècle d'or de l'empire romain</i> , París, 1947.
Pareti, L.	<i>Storia di Roma e del mondo romano. V. Da Vespasiano a Decio (69-251 d. C.)</i> , Turín, 1960.
Proyart, P. de	<i>Marc Aurèle</i> , París, 1962.



Anverso y reverso  
de una moneda de bronce de Cómodo  
(Gabinete de Medallas, París).